

Capítulo Dos

El Santuario del Espíritu

ΛΡΞΘΓΛΤ

Συντρον νι λρα: πο Νοτομρνυ πο λα
Μαχλ:σatt+ri:νυζανουεα

La larga noche finalmente había terminado.

Argonauta, quien había sido atrapado en una trampa en la capital y continuaba luchando bajo nubes oscuras, al fin pudo entrecerrar los ojos ante la brillante luz del día.

Observaba el sol que surgía sobre las montañas y respiraba el aire fresco y limpio.

—El sol ya ha salido... y ahora, ¿qué hacemos?

—Ah, mientras dormía profundamente, estuve pensando en ello en mis sueños...

—¿Esperas que me crea que eres así de habilidoso...?

Frente a Crozzo, quien se aseguraba de apagar bien la fogata, Argonauta cruzó los brazos y cerró los ojos, mientras Olna le lanzaba un comentario exasperado. El bufón ignoró su comentario y levantó un dedo.

—¿Qué tal si vamos al «Santuario del Espíritu»?

—¿Santuario del Espíritu?

—¡Sí, es un rumor que escuché! Dicen que en algún lugar de las tierras de la capital yace dormido un espíritu. ¡Mi idea es ir allí y obtener un gran poder del espíritu!

Argonauta explicó, usando gestos, en respuesta a la curiosidad de Crozzo. Antes de partir hacia la capital, había contado esta historia a Feena en el pueblo donde se hospedaba.

...Ahí fue cuando escuchó una leyenda de que hay un «Santuario del Espíritu» cerca de la capital.

¡Definitivamente quería ir allí también!

Para Argonauta, en un principio, la idea de visitar el santuario había sido solo un complemento a su objetivo de convertirse en héroe. Sin embargo, dadas las circunstancias, estaba dispuesto a aferrarse a cualquier esperanza.

—¿Cuántas veces más planeas dejarme sin palabras? Te advierto que eso se considera una «leyenda» en la capital. —Olna, finalmente agotada por la absurda idea de Argonauta, similar a una súplica desesperada, se mostró exasperada—. Hay registros de que enviaron soldados varias veces para verificar su existencia. Y, aun así, nunca lo encontraron. Seguro que es solo un mito.

—¿De dónde surgió el rumor? ¿Cuál es el origen de la leyenda? Aunque nadie lo haya visto, el hecho de que se refieran a un «santuario» de manera tan específica me parece un detalle curioso. ¡Creo que en eso hay algo de verdad! —Pero Argonauta no se desanimó. Al contrario, esbozó una sonrisa mientras intentaba profundizar en el misterio.

Cuando Argonauta visitó la capital, logró acercar la leyenda de los espíritus de ser un «rumor infundado» a algo que despertaba cierta expectativa en él, como un «quizás, tal vez sea cierto». Esto sucedió mientras recorría la ciudad con la princesa, ya que vio en varios lugares elementos relacionados con los espíritus, como la «fuente inspirada en los cuatro espíritus», dispersos por la capital.

Esto le dio suficiente evidencia para suponer que se basaban en registros de antiguos habitantes de la ciudad.

Olna se quedó momentáneamente perpleja ante las explicaciones y observaciones de Argonauta.

—...Según recuerdo, era una historia sobre un viajero que veía una luz que descendía del cielo y, donde llegaba, se encontraba el «santuario». En esa época, el control de los monstruos se debilitó temporalmente, lo que llevó a rumores de que un espíritu había descendido... pero eso fue todo.

—¡Debe haber más pistas! ¡Recuerda, Olna! ¡Vamos, puedes hacerlo, Olna! ¡Si hace falta, usa la adivinación para encontrar el lugar, Olna!

—¡No digas tonterías!

Mientras Olna revisaba sus recuerdos y reflexionaba sobre la historia de la capital, Argonauta la alentaba con un entusiasmo que rozaba lo irracional. Naturalmente, Olna frunció el ceño y le gritó de vuelta.

Justo en medio de su alboroto matutino, Crozzo intervino.

—No sé si será el «santuario» que buscan, pero... ¿un «espíritu»? Hay uno cerca de aquí.

—¿Eh? —dijeron ambos Olna y Argonauta.

Crozzo lo comentó como si no fuera nada.

—Mi «sangre» está reaccionando. Algún «congénere» del espíritu que me salvó debe estar cerca.

—...¿E-e-es verdad? ¿En serio? ...¡Y, por cierto, ¿podría guiarnos, buen señor?!

—¿Por qué hablas tan formal? Claro, puedo hacerlo.

Tres respiraciones de silencio pasaron. Al mismo tiempo que el sol de la mañana destellaba sobre el horizonte, Argonauta estalló en una risa.

—...Ja, ¡jajajajajajá! ¡Tal como lo planeé! ¿Lo ves, Olna? ¡Esto es el poder de los encuentros!

—¿En serio...?

Mientras Argonauta expresaba una alegría algo forzada ante la inesperada buena suerte, Olna, en lugar de alegrarse, se quedó completamente desconcertada por el «poder» del espíritu de Crozzo, que seguía manifestándose desde que lo conocieron.

—¡Este encuentro seguro es una señal de los dioses! ¡Vamos al sagrado «Santuario del Espíritu»!

—¡Claro!

—...Qué compañeros tan descuidados tengo.

Acompañados del cansancio constante de Olna, el grupo fijó su objetivo. Después de compartir las provisiones de Crozzo, incluyendo carne seca, desayunaron y partieron. Se dirigían hacia el este, según la «sangre del espíritu» que estaba reaccionando.

El clima era favorable en los alrededores de Lakrios. Muchas tierras parecían llenarse de nubes negras y aire pesado, como si lamentaran el destino del mundo; sin embargo, el cielo seguía despejado y azul. Aunque antes había pensado que este ambiente se debía a que el feroz toro, enemigo de los monstruos, los aniquilaba y devoraba al acercarse a la capital, ahora Argonauta comenzó a considerar que tal vez la protección del «espíritu» que habitaba esa tierra también tenía algo que ver, mientras observaba el claro firmamento.

Avanzaron a través de prados y colinas casi desprovistos de vegetación. Y, en el camino, se encontraron con varios monstruos. Animales de cuatro patas, aves de fuego, y, en ocasiones, enormes serpientes intentaron bloquear el paso de Argonauta y los suyos, atacándolos despiadadamente una y otra vez.

—¡Toma esto!

«¿¡Gryaaah!?»

Sin embargo, Crozzo se encargó de todos ellos. Partía a los monstruos en dos con su gran espada roja y brillante, los reducía a montones de cenizas, o los quemaba completamente con las llamas que brotaban de la hoja.

Su estilo de combate, dicho de una manera positiva, era impresionante; de otra, era torpe. Comparado con guerreros experimentados como Yuri o Garms, sus «habilidades y tácticas» estaban algo rezagadas. Sin embargo, su «poder» era tan colosal que no solo compensaba cualquier falta de técnica en el campo de batalla, sino que la superaba.

Un «herrero combatiente» que parecía combinar la habilidad de combate cuerpo a cuerpo con el poder mágico de un bombardeo ígneo.

Solo con esa descripción era evidente cuán excepcional y atípico era el joven.

—¡Esto es el final!

En medio del mar de colinas, un corte ancho y profundo golpeó a uno de los monstruos. El gran tigre, orgulloso de su gigantesco cuerpo, comenzó a inclinarse lentamente hasta desplomarse con un estruendo sobre la tierra.

—Realmente, es increíblemente fuerte... Y además puede encontrar «espíritus». ¿Qué tan fuera de lo común es este hombre?

—Nos ayuda enormemente, ¡así que no hay de qué quejarse!

Mientras Olna suspiraba, ya cansada incluso de estar asombrada, el siempre pragmático Argonauta recibía la situación con gran alegría. Ignorando la mirada severa de la joven, quien le espetó: «¿Acaso no tienes ni un ápice de orgullo como hombre?», se acercó al herrero que se limpiaba el sudor de la frente.

—¡Gracias por prestarnos tu ayuda, y aún más teniendo a una compañía tan dudosa como la nuestra!

—No me pongas en tu mismo grupo.

—Oye, es un barco en el que ya me subí, y cuando escuché de su misión, ya estaba decidido a acompañarlos hasta el final. Además, parece que será entretenido.

A pesar de que Olna empezó a halarle la mejilla sin compasión, Argonauta le respondió con una sonrisa, mientras Crozzo soltaba una leve risa. Después de observar la interacción entre los dos, el herrero les lanzó una propuesta.

—Oye, ¿te importaría si te llamo «Ar»? Llamarte «Argonauta» es un poco engorroso.

—¡No hay problema! ¡De hecho, todos los que me conocen me llaman Ar!

—¡Perfecto! Pues encantado de nuevo, Ar.

—¡Igualmente, Crozzo!

Argonauta estrechó la mano derecha de Crozzo, levantada a la altura del pecho, con fuerza y entusiasmo. Observando la escena con una expresión escéptica, Olna murmuró en voz baja.

—¿Así es la amistad entre hombres? Qué sofocante...

—¡Dices eso, pero te da envidia, ¿verdad, Olna?! ¡¿Puedo hablar un momento contigo?!

—¡No me da envidia! ...¿De qué quieres hablar?

Soltando la mano de Crozzo, Argonauta se giró hacia Olna con una expresión seria.

—Hemos decidido ir al «Santuario del Espíritu», pero no podemos tomarnos las cosas con calma. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que la princesa sea ofrecida como «sacrificio» al Minotauro?

—...Después de una gran «comida», la criatura siempre cae en un largo sueño. La princesa debía ser entregada después de que terminara la guerra. Aún queda tiempo.

Al escuchar la respuesta de Olna, quien hablaba con una expresión solemne, Argonauta sintió un alivio momentáneo.

—Entiendo... Sin embargo, realmente lo sabes todo, ¿verdad? ¡Como se esperaba de una vidente que tiene acceso a los rincones más oscuros del reino!

Cuando Argonauta la elogió sin ninguna intención oculta, Olna, sacudió su larga cabellera negra, bajó la mirada y dejó escapar una sonrisa de autodesprecio.

—...No tengo ningún poder para leer las estrellas. Ni, por supuesto, para predecir el futuro del reino.

—¿.....? ¿Entonces, por qué fuiste recibida en el reino como una figura importante?

—¿Quién sabe? A mí también me gustaría saber por qué una inútil como yo sigue viva.

—.....

La joven soltó una sonrisa sarcástica, como si despreciara el reino distorsionado, un supuesto paraíso, perdido en algún lugar más allá del mar de colinas. Argonauta la observó en silencio, sin decir nada.

—Simplemente hay personas en la capital que desean mantenerme encerrada en una «jaula». Eso es todo.

Dicho esto en un tono despectivo, la joven apartó la vista.



—¿Han encontrado ya a Doña Olna?!

La furia del rey resonó en la sala del trono.

Los soldados alineados se encogieron ante el potente grito que hizo temblar el aire, y uno se preguntaba de dónde provenía semejante fuerza en ese cuerpo anciano, reducido a piel y huesos. La rabia desbordante del siempre implacable Rey Lakrios era evidente, y casi podía describirse como una pérdida de cordura.

—¡Mi señor, lo sentimos mucho! Creemos que tal vez escapó junto a un viajero que la ayudó, y con Argonauta, hacia las afueras de la capital...

—¡Inútiles! ¡Envíen tropas de inmediato y encuentren a Doña Olna!

—¡Co-como ordene, su majestad!

El Rey Lakrios, de pie y gritando sin recordar siquiera el trono detrás de él, observaba como el comandante de los caballeros,

cubierto en una armadura negra, salía rápidamente. Los soldados, siguiendo su ejemplo, se apresuraron a salir también.

Casi al mismo tiempo, una amazona entró en la sala, cruzándose con los soldados que se marchaban.

—¡Su majestad! ¡Yo iré! Olna, yo...

Era Elmina, cuya negra cabellera le caía sobre los hombros. Su voz revelaba una falta de calma. El rostro que siempre había mostrado una expresión fría frente a Argonauta ahora reflejaba ansiedad.

—¡Silencio! ¡¿Crees que encontraremos algo enviando a una sola bestia como tú?! ¡Deja que los soldados se encarguen! ¡¿De otra forma no encontraremos nada!!

—¡.....!

El rey desestimó la petición de Elmina. Era como si intentara convencerse a sí mismo, mostrando una frustración evidente por la situación actual.

La «hermana mayor» preocupada por su «hermana menor» apretó su puño de piel morena, mordiéndose los labios bajo la tela que cubría la mitad inferior de su rostro.

—¡En lugar de eso, vigila a esos «candidatos a héroes»! ¡Aquellos que han mostrado simpatía hacia ese payaso y su hermana son impredecibles!

—...¡Tch!

La asesina chasqueó la lengua con desprecio y desapareció.

El Rey Lakrios, quien llevaba un rato alzando la voz con su cuerpo anciano, jadeaba mientras finalmente se dejaba caer en el trono. Con un gran ruido, se dejó caer y agarró su rostro con la mano derecha.

—¡Maldito payaso...! ¡No solo te rehusaste a ser eliminado, sino que también la raptaste a ella...!

La máscara de astucia se iba desmoronando. Al igual que Elmina, el Rey Lakrios había perdido su compostura; sus ojos, asomando entre los delgados dedos como ramas secas, estaban enrojecidos, como los de un dragón al que le habían robado su tesoro.

—¡No te perdonaré, jamás te perdonaré...! ¡Argonauta...!

Lo que quedaba en él era una locura evidente y una obsesión implacable.



Crujido tras crujido.

Se abrían paso apartando las hojas de la pared vegetal que los obstruía. Al mirar al frente, se extendía un vasto mar de verde, y, al alzar la vista, el mismo color cubría el cielo.

El terreno era inestable, y la visibilidad, limitada. Las raíces de los árboles, extendidas como una telaraña, intentaban enredarse en sus pies, agotando sus fuerzas.

En pocas palabras, se encontraban en un lugar conocido como el Bosque Profundo, y el bufón, la vidente y el herrero avanzaban decididos por ese laberinto de verde y corteza.

—...Por aquí debe de ser.

En medio de un bosque tan profundo que bien podía considerarse un paraje remoto, Crozzo se detuvo y miró a su alrededor con curiosidad. Justo detrás de él, Argonauta jadeaba, cubierto de sudor y apoyado en una larga rama que usaba como bastón.

—Haa... haa... Nos adentramos en el bosque, cruzamos valles y cascadas... ¡Esto está muy lejos de ser un lugar accesible para las personas!

Mientras Argonauta se quejaba ruidosamente y respiraba con dificultad, Olna, a su lado, no pudo evitar sentir fastidio, aunque ella misma apenas tenía energía para quejarse. Nada de lo que decía Argonauta era incorrecto; el bosque donde se encontraban no tenía ni siquiera un sendero de animales visible, y avanzar por un camino alternativo resultaba incierto, pues no había garantía de que adelante encontrarán una ruta adecuada. La «sangre de espíritu» de Crozzo era la única pista y su «brújula». Como resultado, Argonauta y Olna no tenían otra opción que seguir el camino que él abría, aunque fuera agotador.

—Es imposible que una patrulla de la capital se acerque a un lugar como este... Y hemos encontrado monstruos más de una vez...

—Bueno, aquí se siente «algo», así que no queda de otra. Además, parece que a los «espíritus» les gustan estos lugares remotos.

A pesar de la mirada resentida de Olna, Crozzo se encogió de hombros, completamente calmado. Con él a la cabeza, apartando maleza y enredaderas mientras avanzaban hacia las profundidades del bosque, Argonauta y Olna lo seguían, aunque ya tambaleantes.

—Un lugar «tan obvio» como este tiene sentido... Oh, ¿es eso?

La llegada al «destino» resultó de una sencillez casi absurda, considerando lo difícil que había sido el trayecto hasta ese punto. Frente a ellos, en una pequeña y despejada hondonada del bosque, apareció un «hueco».

—Esto es...

—...No parece un santuario, sino una cueva.

Argonauta y Olna miraron, sin evitar soltar un murmullo sorprendido. Allí, en el suelo cubierto por las raíces de un enorme árbol, se abría, tal como Olna había dicho, una cueva. El oscuro

camino descendía en una suave pendiente, sin ningún indicio de que se tratara de un «santuario».

—Seguramente está «más allá».

Crozzo, con una sonrisa, giró el brazo en círculos. Tras caminar hasta la entrada de la cueva y darles un buen tiempo de descanso a Argonauta y Olna para que recuperaran el aliento, les dirigió la palabra.

—¿Están listos?

—...Sí, vamos.

Asintiendo, Argonauta dio un paso adelante hacia la morada del «espíritu».



—¡Encuentren cualquier pista sobre los rebeldes, como sea! ¡No deben de haber ido demasiado lejos de la capital!

Las tropas cruzaban la vasta llanura.

Los soldados de Lakrios, envueltos en sus armaduras, avanzaban en formación compacta, mientras el comandante levantaba la voz.

—Comandante, ¿se encuentra bien? ¿La herida que le hizo Lady Olna todavía...?

—¡No es momento para eso! ¡Si seguimos irritando al rey, terminaremos como comida para monstruos!

La preocupación de sus subordinados fue recibida con un grito de advertencia. Mientras el comandante se sujetaba el pecho, que aún le dolía, los soldados sentían un escalofrío tras los cascos que les cubrían el rostro.

En esa unidad, todos sabían muy bien qué clase de criatura se escondía en los oscuros secretos de la familia real. Sus pasos se aceleraron sin discusión, buscando desesperadamente las huellas que habían dejado Argonauta y sus compañeros cuando huyeron de la capital.

—¡No voy a dejar que me devore la oscuridad de la capital...! ¡Debemos encontrarlos a toda costa...! —Una imagen horripilante de una figura con cabeza de toro y cuerpo humano cruzó la mente del comandante, quien no pudo evitar sudar frío bajo la armadura.

—¡Comandante, por aquí!

Uno de los soldados había encontrado algo. Era un extenso campo desolado, rodeado de pequeñas colinas empinadas. En un rincón, aparecieron los restos de un campamento improvisado.

—Es un campamento... Por los rastros, parece que lo usaron tres personas. ¡No hay duda, son Argonauta y los demás!

La hoguera estaba apagada, pero las huellas eran claras como el agua. Para el comandante, esto era una señal de auxilio divina.

—¡Bien hecho! ¡Sigán los rastros! ¡Argonauta y los demás están más adelante!

—¡Sí, señor! —dijeron los soldados al unísono.

Los soldados retomaron la marcha, avanzando de nuevo bajo las órdenes del comandante. No había pasado ni medio día desde la partida de Argonauta y su grupo.



Tres pares de pasos resonaban en la oscuridad. Argonauta, Olna y Crozzo avanzaban por la cueva, observando atentamente a su alrededor.

—Parece que esta cueva es natural... Pero, ¿qué es esa luz azulada? A pesar de estar en una cueva, tenemos buena visibilidad...

—Al final, no necesitaremos las antorchas que preparamos... Y, además, tiene un toque místico.

Olna miraba a su alrededor con curiosidad, algo desconcertada pero fascinada. La cueva, que en su entrada era estrecha, se había ampliado hasta el punto de permitir el paso de cinco o seis personas en fila sin problema. Lo más notable eran las partículas de luz que adornaban las paredes y el techo. Esas esferas azules parecían estrellas del firmamento, iluminando la cueva y transformándola en un escenario que evocaba un cielo nocturno en pleno resplandor.

Igual que Olna, Argonauta estaba cautivado por el entorno. Agitaba el palo de la antorcha ya inútil y lo guardaba en el cinturón.

—Es la magia del «espíritu». Al establecerse aquí, su poder se ha extendido por toda la cueva. —Crozzo, que caminaba al frente, bajó la gran espada que llevaba al hombro—. ...Aunque parece que también ha atraído a «cosas indeseables».

Como si respondiera a su susurro, un retumbar comenzó a oírse. Mientras Argonauta y Olna se preparaban ante las vibraciones que sacudían toda la cueva, una enorme criatura apareció desde las profundidades.

—¡Un monstruo...! ¡Y uno que no se ve en los alrededores de la capital!

Frente a la mirada de Olna, se alzaban gigantes de roca. A pesar de la amplitud de la cueva, sus cuerpos grises casi alcanzaban el techo. Las enormes y dispares rocas que conformaban sus extremidades irradiaban una hostilidad palpable, y un único ojo en la cabeza de cada monstruo los observaba de manera impasible.

—Parece que estos son distintos de los monstruos que enfrentamos en el camino. ¡Voy al frente para atacar!

—¡Sí, yo me mantendré en apoyo desde la retaguardia! ¡Olna, tú ve adelante sin temor!

—¡Óyeme, tú también pelea!

Detrás de Crozzo, que se lanzaba con valentía, el no combatiente Argonauta se preparaba para animar, pero recibió un grito de enojo de Olna que le dio en la nuca. Mientras tanto, el herrero de cabello rojo ya estaba enfrentándose a los monstruos de roca, desatando una feroz batalla.

Las enormes extremidades del enemigo, como cinco garrotes unidos, barrían de un lado a otro, un símbolo de destrucción para cualquiera, pero Crozzo, con un ágil «¡Toma eso!» y «¡Ja, ya quisieras!», las esquivaba con facilidad. Se mantenía a una distancia calculada, incitando al enemigo a atacar con movimientos amplios, provocando que los monstruos terminaran golpeándose entre ellos.

Aprovechando el momento en que uno de los gigantes se tambaleaba y caía de espaldas, Crozzo saltó hacia él.

—¡Toma eeeestooooooooo!

«¿¡Groooooong!?»

Con un grito feroz, asestó un golpe demoledor con su gran espada desde arriba.

Sin dificultad, Crozzo destruyó el cuerpo de roca, más resistente que cualquier armadura. El monstruo de piedra, cuyo pecho fue destruido, se transformó en una montaña de cenizas.

—¡Vaya, es realmente fuerte! ¡Quizás con solo Crozzo podríamos rescatar a Feena y a la princesa!

—Eso es depender demasiado de él. Más allá de ser un «héroe» o no, eso es un problema humano...

Argonauta, que observaba la feroz batalla desde la retaguardia, exclamó con optimismo sobre el futuro. Olna lo miraba con desprecio, pero al observar la espalda del herrero, murmuró:

—Además, creo que su poder... tiene «limitaciones».

—¿Limitaciones? ¿El poder del espíritu?

—No sé cómo explicarlo, pero parece que solo lo usa en momentos clave... Como si el «espíritu» que habita en sí mismo le impidiera usarlo libremente...

Al escuchar el análisis de Olna, Argonauta recordó momentos anteriores. En efecto, Crozzo solo había utilizado su poder para quemar a sus enemigos una vez, en la batalla de anoche, probablemente para mostrarles la «fuerza del espíritu» y explicar su poder.

—Ahora que lo dices, si lanzara «descargas de fuego» podría resolver todo fácilmente, pero parece que prefiere enfrentarse solo con la espada...

En el camino hacia aquí, y en esta misma batalla, Crozzo evitaba utilizar sus poderes de fuego, optando por la gran espada para acabar con sus oponentes. Tal como decía Olna, parecía que él mismo restringía el uso de su poder, o que el «espíritu» se contenía.

Mientras Argonauta observaba la pelea desde una perspectiva distinta, Crozzo murmuró:

—...Ah, mierda. Me han superado.

—¿Eh? —dijeron Olna y Argonauta.

Junto a su murmullo, varias sombras pasaron rápidamente a ambos lados de Crozzo, dirigiéndose, claro, hacia donde estaban Argonauta y Olna.

«¡¡¡Gruooooooooaaaargh!!!»

Se oyeron tres voces distintas.

—¡¿Quéeeeeeeee?! ¡Un montón de monstruos nos están atacando! ¡¡Olna, corre!!

—¡E-espera, ¿qué...?!

Una manada de enormes sabuesos, de tamaño comparable al de terneros, cargaba hacia ellos, babeando en grandes cantidades. Al verlos, Argonauta empezó a huir sin dudar, dejando atrás a la joven. Olna, con los ojos desorbitados, no daba crédito a lo que veía.

Olna corrió desesperadamente tras el joven, esforzándose por alcanzarlo.

—¡No huyas, haz algo! ¡Se supone que vas a derrotar al minotauro, ¿o no?!

—¡Es cierto! ¡Muy bien, Olna, hagamos una estrategia de distracción! ¡Tú serás el señuelo! ¡¡Y yo me escapo!!

Retroceder por el camino mientras gritaba resultaba patético, y su rápida aceptación de la sugerencia de la joven fue, sencillamente, deplorable. Acelerando casi por reflejo, dejó a Olna nuevamente atrás, boquiabierta, y se lanzó a un pasadizo lateral.

La joven, ahora sola y convertida en el único objetivo de los monstruos que la perseguían, enrojeció de pies a cabeza de pura rabia.

—¡¡Argonauta~~~~~!!

Un grito furioso resonó por todo el lugar. Desde su escondite, Argonauta asomó la cabeza y murmuró un «Ah».

—Vaya... me dejé llevar como cuando estoy con Feena... — Mientras el bufón se disculpaba con una excusa inútil, un rugido ardiente atravesó el aire.

—¡Eres despreciable, Argonauta! ¡Un verdadero inútil! ¡¡Basura, basura, basura!!

—¡Agh! ¡¡Eso casi me hace despertar a algo prohibido!! — Argonauta se estremeció ante los insultos airados de la joven, quien normalmente era fría y reservada, pero enseguida se lanzó tras ella. Crozzo aún combatía a un gran monstruo en lo profundo de la cueva, por lo que no había otra opción más que encargarse él mismo de los enemigos.

—¡Dejaré de bromear y pelearé en serio! ¡¡Espera ahí, Olnaaa!!

—¡¡Jamás te perdonaré, esto no quedará así, recuérdalo!!

Por mucho que gritara con entusiasmo, lo único que recibió de vuelta fue una maldición resonante, y Argonauta tembló, erizando la piel. Sin embargo, las «costumbres» eran difíciles de romper, incluso aunque actuara solo por reflejo.

Al tomar a Olna como su objetivo, los monstruos expusieron sus espaldas a Argonauta. Con una rapidez digna de sus piernas, que le servían para escapar, este alcanzó rápidamente al enemigo, y con un salto, le clavó un cuchillo en la espalda. Se escuchó un grito de «¡Gyaa!».

El monstruo poseía un «núcleo» en su interior. Argonauta, habiendo examinado cuerpos de monstruos en numerosas ocasiones, lo sabía, y el astuto bufón apuntó estratégicamente a ese punto vital. De hecho, sin atacar esa zona, Argonauta no podría haber derrotado al monstruo por sí solo.

En resumen, incluso un debilucho como Argonauta podría eliminar a un monstruo si lograba un ataque sorpresa.

—¡!

Mientras Olna seguía corriendo desesperadamente y se sorprendía al volverse, Argonauta atravesó los «núcleos» de los monstruos con su cuchillo una, dos y tres veces, estos cayendo repetidamente al suelo.

Su figura no podía considerarse digna, era torpe y casi miserable. Pero así era Argonauta.

A pesar de que lo ridiculizaban, se entregaba por completo, intentando salvar al menos a «uno», aunque no lograra llegar a «cien». Crozzo, quien lanzó una mirada rápida, también se sorprendió, y se notó un cambio en sus ojos al mirar al payaso.

Incluso las partículas de luz en la cueva, que brillaban con un tono azul pálido, parecían danzar alegremente.

—¡Huoooooh!

Por lo tanto, se trataba de una «costumbre» y un «reflejo condicionado». Normalmente, donde debía estar Feena, estaba Olna, siendo utilizada como un señuelo para aprovechar la oportunidad del enemigo o quemarlos con magia. Ese comportamiento ridículo era la estrategia del payaso para engañar no solo a las personas, sino también a los monstruos en el campo de batalla.

Una vez más, clavó el cuchillo en la espalda de otro monstruo desprevenido. Emitiendo un sonido poco contundente, lanzó un golpe que no fue más que su mejor esfuerzo. Una gran cantidad de ceniza se dispersó por el aire.

Sin embargo, los esfuerzos desmesurados llegaron hasta ahí. Los perros feroces, que perseguían una succulenta presa, finalmente se dieron cuenta de la anomalía y comenzaron a gritar con rabia al notar la disminución de sus compañeros.

Después de rasgar el suelo con sus patas, se detuvieron de golpe y, de inmediato, saltaron sobre Argonauta.

—¿¡Kuh...!?

Siete pares de garras y colmillos se abalanzaron sobre él. Un simple payaso no podía manejar tal situación con solo un cuchillo. Aunque logró evitar el primer ataque al rodar por el suelo, no tenía más opciones.

La única conclusión posible era que sería acosado y asesinado por los monstruos que se acercaban desde todas direcciones.

—¡Aquí voy!

«¿¡Guuuoo!?!»

Sin embargo, justo cuando se acercaba ese final, apareció un ataque inesperado. Crozzo irrumpió con su gran espada, girando

como una peonza y dejando un gran rastro carmesí al cortar a través de la horda de monstruos.

Los gritos de agonía resonaron mientras los trozos de carne volaban, y la melodía de la batalla que resonaba se detuvo por completo.

—¿Estás bien, Ar!?

—Sí, no hay problema... lo siento.

—No, yo también tardé en venir a ayudarte. Había demasiados y me retrasé, lo siento.

Argonauta, que había caído de espaldas al suelo, suspiró aliviado. Crozzo extendió su mano para ayudarlo a levantarse, lo miró durante un momento y luego le dio varias palmadas en el hombro con una sonrisa. Argonauta, cubierto de polvo y con la cara y las extremidades sucias, titubeó y, sin querer, inclinó la cabeza.

—Sin embargo, este espíritu que habita en la cueva... parece que está llamando a los monstruos intencionalmente.

—¿Está llamando a los monstruos...? ¿Qué quieres decir?

—Se trata de una «prueba». Al parecer, algunos espíritus preparan obstáculos para elegir a un «compañero» adecuado.

Crozzo, que observaba su entorno, fue alcanzado por Olna, que llegó respirando pesadamente, y le preguntó. El joven herrero reajustó su gran espada al hombro.

—Es como si dijera «si quieres conocerme, demuéstreme tu fuerza».

—¿Es un ritual para medir la fuerza de la persona? Es algo cruel, pero... ¿de alguna manera, es como si el espíritu ya estuviera predispuesto a prestarnos su poder?

—No estoy seguro de eso. De cualquier manera, si avanzamos, sabremos qué tipo de «espíritu» hay. ¡Vamos! —Mientras jugueteaba

con el brazo del espíritu que se alzaba junto al suyo, así como con la mitad de su ser en llamas, Crozzo se dirigió más adentro de la cueva. El herrero lideró el camino, seguido por Argonauta y Olna.

—.....

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás callado desde hace un rato?

—Ah, no... siempre he pensado en lo mismo cuando estaba con Feena, y es que me siento inútil al ser salvado de una manera tan torpe...

Y cuando Argonauta se mantuvo en silencio tanto que Olna empezó a sospechar, Crozzo dirigió su mirada hacia atrás.

Argonauta dudó un poco en sus palabras, pero finalmente decidió expresar sinceramente lo que sentía.

—Esto no es una broma ni un comentario sarcástico, sino un sentimiento genuino... Crozzo, tú eres como un «héroe».

—¿«Héroe»? ¿Yo?

—Eres increíble. Puedes ahuyentar a un gran número de monstruos por tu cuenta y además, puedes usar fuego... realmente eres como el «héroe» de una historia.

Mientras Olna escuchaba en silencio, Argonauta dijo esto y Crozzo esbozó una sonrisa.

—¿Yo? Yo solo soy una persona aburrida. Estoy siempre por aquí y por allá; si mis obras no se venden, me deprimó. Solo soy un herrero común.

El joven lo decía con total sinceridad. A pesar de tener una fuerza que podría intimidar o hacer que otros sintieran envidia, no se dejaba llevar por la arrogancia ni se sentía omnipotente. Sabía muy bien cuál era su lugar.

—Apostaría lo que sea que, incluso si mi nombre se recuerda en el futuro, jamás se me alabará como un «héroe».

—Eso no es cierto...

—Quiero usar mi vida como mejor me parezca. Y si la humanidad va a desaparecer, pues eso es algo que no puedo evitar. Así lo pienso.

—¡!

Argonauta se sorprendió al escuchar las siguientes palabras de Crozzo.

—Si tengo que desaparecer, que así sea; si tengo que quedarme, que me quede. Todo debería ser tal como es... yo soy así de despreocupado.

—.....

Esa podría ser la filosofía de un «herrero» que forja armas. Argonauta se sintió desconcertado por la distancia de su perspectiva con la de Crozzo, quien era un artesano. Aunque estaba confundido, se esforzó por escuchar y comprender sus palabras, especialmente porque él era su benefactor.

—Yo soy así, Ar. Soy como un «arma».

—¿Como un «arma»...?

—Como dije antes, no soy el tipo de persona que va a salvar al mundo. Soy un ser humano aburrido, aún más ordinario de lo habitual. Lo único que puedo hacer es enfrentar las cosas que están justo frente a mí.

Esa visión tan clara era, de hecho, bastante realista, más humana que la de cualquiera. Y Crozzo, quien podía ayudar a otros, poseía cualidades como «caballerosidad» y «bondad», que lo diferenciaban de una persona común.

—Por eso, si quiero ayudar a alguien, me convierto en su compañero y me transformo en su arma. No puedo salvar al mundo, pero puedo ser de ayuda para quien quiera usarme.

Las palabras sinceras de Crozzo resonaron profundamente en el corazón de Argonauta. No como el fuerte golpe de un martillo de forja, sino como el eco profundo de un cristal transparente al ser golpeado por un diapasón.

—Bueno, en resumen, eso es lo que quiero decir.

—Crozzo...

—Si hay alguien a quien llamen «héroe», me gustaría que fuera como tú.

...Aun siendo débil, incluso sin poder, alguien que se arriesgue por los demás.

Mientras el payaso echaba un vistazo a Olna, a quien el payaso había intentado proteger, dijo esas palabras. Argonauta, aunque sabía que era un cumplido, nunca había sentido antes una felicidad tan grande por algo dicho.

—Y, además... mi «poder» en su mayoría no es realmente mío.
—Finalmente, Crozzo sonrió como un hermano mayor—. Si quieres ser como yo, primero tienes que ser reconocido por los «espíritus».



Las oleadas de monstruos continuaron después de eso. Antes de preguntar dónde se habían estado escondiendo, surgió la duda de si esta cueva se extendía indefinidamente. No era una formación natural creada por movimientos en la corteza terrestre. La forma de la cueva era tan intrincada que parecía un laberinto, y, a pesar de eso, estaba diseñada de tal manera que un «humano» pudiera atravesarla.

Tanto Argonauta como Olna comprendieron vagamente que era obra de seres que superaban la inteligencia humana —los «espíritus»— mientras Crozzo cortaba al último monstruo.

La gigantesca mantis religiosa hecha de cristal se desmoronó en un gran número de fragmentos. Al otro lado de esos fragmentos, se extendía una cavidad más amplia y brillante que la anterior.

—Este es el fondo de la cueva... lo que significa que eso es... —Olna dirigió su mirada, que antes había estado explorando los lados, hacia el frente. En el centro de la caverna, que podría llamarse sala de audiencias, se encontraba eso.

—Cierto, no hay duda. Eso es un «santuario». El «espíritu» está dentro.

Estaba formado por un cristal azul oscuro que se asemejaba al cuarzo. Tres grandes cristales se apilaban uno sobre otro, formando una especie de triángulo. De los cristales que brillaban tenuemente, emanaba un destello que parecía contener algo encerrado en su interior, visible tanto en azul como en verde.

—Qué luz más hermosa... esto debe ser ese «espíritu»... —Argonauta, absorto en su belleza, dio uno, dos pasos hacia adelante, y los cristales comenzaron a brillar como si respondieran a su presencia.

—Está reaccionando. ¡Ar, llámalo! Has llegado hasta aquí después de superar las difíciles pruebas.

Argonauta miró a Crozzo, quien se había detenido detrás de él junto a Olna, y asintió. Se acercó audazmente, dando pasos grandes. Cada vez que lo hacía, la luz se filtraba desde los cristales. Como si hubiera pasado miles de años esperando, las partículas de luz comenzaron a elevarse del «santuario».

—...¡Yo soy Argonauta! ¡He llegado hasta aquí con la ayuda y sabiduría de mis amigos! —Argonauta se detuvo y habló con determinación—. ¡Tengo cosas que hacer! ¡Y hay personas a las que debo salvar!

No había titubeo en su habla. Argonauta era un bufón. Su actuación en el escenario era inigualable. Aunque se encontrara en

una cueva misteriosa sin público, una vez que subía al escenario, el lugar se transformaba en un teatro.

Más que nada, su voluntad secreta era genuina.

—¡Por eso, espíritu, muéstrate! ¡¡Por favor, dame poder...!!

Ahora, un necio sin poder buscaba algo. No deseaba un poder sin voluntad, sino un poder que albergara una voluntad. Y el «espíritu» respondió.

—.....¡¡!!

El «santuario» emitió luz. Un brillo tan potente que parecía quemar los ojos generó un torbellino en la cueva. Argonauta, cubriéndose la cara con ambas manos, contuvo la respiración. Y enseguida, una excitación incontrolable lo invadió.

¡Finalmente, un espíritu se presenta ante mí...! ¿Será una belleza? ¿Una chica hermosa? ¡¡¿O tal vez una diosa deslumbrante...?!! Junto a una innumerable cantidad de partículas de luz, se arremolinaba un mar de fantasías. En su mente, una diosa de la belleza, encarnación de la compasión, de baja estatura y con un impresionante cuerpo, sonreía a Argonauta mientras su nariz se alargaba de manera desproporcionada.

«Has llegado muy lejos, Héroe Argonauta. Ahora, hagamos un vínculo eterno...»

¿¡Va a venir...!? ¿¡Se acerca mi hora.....!?

El joven, emocionado, alcanzó el clímax de su excitación, celebrando la llegada de su apogeo en la vida como si fuera un modelo de necesidad.

En medio de esa euforia, un sonido extraño resonó.

—...Oigan, ¿no han estado escuchando un ruido raro desde hace un momento?

—Lo he oído... suena preocupante, inquietante, como un chisporroteo...

Bzzzt, bzzzt.

Tal como lo habían notado Olna y Crozzo al observar desde atrás, un sonido agudo y punzante empezó a resonar. Específicamente, un ruido de electricidad chisporroteante surgió alrededor de Argonauta y el «santuario».

—¿Eeh?

Finalmente, Argonauta también notó el creciente sonido de la «corriente eléctrica». Mientras giraba la cabeza de un lado a otro con pánico, los rayos dorados comenzaron a desatarse sin ningún miramiento. En el siguiente instante:

—¡Ngh, nghooooooooooooooooohhhhhh!

Un destello estalló. La luz de los relámpagos, acompañada por el grito de Argonauta, inundó la cueva, tiñendo de blanco la visión de Olna y los demás. Un torrente de electricidad surgió como un látigo desbocado, y, al final, un trueno ensordecedor no descendió del «santuario» sino que se elevó, atravesando el techo de piedra.

La cueva entera tembló estruendosamente, mientras una inmensa nube de polvo se elevaba. Del techo, sacudido por la explosión del relámpago, comenzó a caer una considerable cantidad de escombros. Argonauta, lanzado violentamente al suelo, se incorporó con la mirada aturdida hacia el lugar donde había estado el «santuario». Y entonces, emergiendo entre el humo, «Eso» abrió la boca.

«¡JAAAAAAAAAJAJAJAJÁ!»

Para ser exactos, retumbó. Con una risa atronadora, que estaba lejos de la voz de una dama, dispersó el humo como si fuera una molestia.

«¡Tú has llamado y yo he aparecido! ¡Jajajá, finalmente es mi turno! ¡Esta es la primavera de mi era! ¡Ahora comienza mi tiempo!»

Justo sobre los restos del «santuario» que habían explotado hacia afuera, había un resplandor de luz tan intenso que apenas se podía mirar directamente. Esa figura luminosa dibujaba la musculatura de unos fornidos brazos y un pecho robusto.

Exceptuando la ausencia de la mitad inferior, era claramente un gigante musculoso.

—.....

—.....

—.....

Olna, Crozzo y Argonauta, todos mostraban la misma expresión: Sus bocas permanecían abiertas sin poder cerrarse. En cuanto a Argonauta, su choque era tan grande que parecía rechazar el mundo mismo, olvidando incluso respirar, detenido en el tiempo.

«¿¡Qué demonios!? ¿¡No fue una belleza quien me invocó!? ¡Tch, y yo que me hice ilusiones para nada!»

El «relámpago de luz», dándose cuenta de la presencia de Argonauta y los demás, los miró hacia abajo con un claro tono de decepción. Su voz, carente de toda dignidad y sonando como si fuera a hurgarse la nariz en cualquier momento, hizo que una parte de la mejilla de Olna se tensara.

—...Este tono de voz estridente...

—...Es un tipo. Por el rayo que lo envuelve, parece ser un espíritu del trueno... pero, por su aspecto, parece más bien un «ruco»...

Incluso Crozzo, a su lado, comenzaba a sudar.

El joven, mientras se limpiaba las gotas que le caían con el brazo, declaró con el corazón roto:

—Además, esa figura que apenas se ve tras la luz... ¡es un espíritu absurdamente musculoso y con un físico enorme!

Rayos chisporroteaban, y, detrás, se vislumbraba una figura corpulenta. Su rostro estaba en un límite perfecto, cubierto por el humo y el halo de luz, haciendo imposible verlo claramente.

—¿Eh..... e-eh.....? —Incapaz de soportar aquella cruda realidad, Argonauta se levantó tambaleándose y, como una caja de música rota, solo pudo murmurar.

«¡Mi nombre es Juuuupiteeeeeer! ¡Vas a arrepentirte hasta los huesos de haberme invocado!»

Su presentación, con una voz grave y llena de un innecesario vibrato, superaba la impresión y llegaba a ser aterradora. Cada vez que hablaba, un fuerte chasquido eléctrico resonaba, y las chispas zigzagueaban cual serpiente junto a Argonauta, que permanecía inmóvil y atónito.

El joven, en un estado de asombro, mostraba una expresión que Olna nunca antes le había visto —incluso dándole algo de lástima—, y en su cara reflejaba un absoluto desánimo.

—No, no puede ser... los «espíritus» solo pueden ser chicas... ¿verdad?

«¡Pues no es así~~~~~! ¡También hay espíritus de tierra con bigotes espeluznantes y otros viejos barbudos~~! ¿Esperabas a una bella dama o algo? Estabas esperando eso, ¿verdad? ¡Claro que lo estabas esperando, pervertido! ¡¡Pues no, que mal~~~~~!!»

Lo había acertado de lleno. Los sueños de un hombre desvergonzado que anhelaba convivir con hermosas y adorables espíritus fueron destrozados por los poderosos brazos de aquel espíritu musculoso.

Incapaz de aceptar la realidad, Argonauta permaneció inmóvil por un largo momento, y finalmente abrió los labios temblorosos.

—.....Maldita sea, quiero un reembolso.

«¡¡Imposibleeeeeeeeeee~~~!! ¡Sin devoluciones ni cancelaciones~~~~~!»

Al final, era pura diversión para el espíritu.

El espíritu, mostrando las encías mientras reía detrás de un cegador resplandor de rayos, hizo que Argonauta casi perdiera el conocimiento de pie, con los ojos en blanco.

—¿Qué se supone que debo hacer? No entiendo nada de lo que dice... —murmuró Olna.

—Al menos he entendido que es el tipo de espíritu con el que no quiero involucrarme en absoluto. Me alegra que mi espíritu fuera una mujer atractiva... —susurró Crozzo.

«¡Ustedes dos que hablan ahí sin filtro alguno! ¡Por si no lo sabían, yo soy increíblemente fuerte! ¡Soy de los espíritus más poderosos de todos! —exclamó el «espíritu» con oídos de lince, dirigiéndose a Olna y Crozzo, que murmuraban a distancia—. ¡Después de todo, yo soy ni más ni menos que un gran espíritu con superpoderes! ¡¡Wuajajajajajajá!!»

—«Gran Espíritu»... Resulta que aquí había otro espíritu excepcional dormido. Pero, ¿no se supone que los espíritus tienen poca conciencia de sí mismos?

—.....

—Más allá de eso, Argonauta tiene una cara de conejo al que acaban de lanzar al abismo... —añadió Crozzo, acercándose para sacudirle el hombro al aún aturdido Argonauta.

Olna, entrecerraba los ojos ante el incesante destello de rayos que había estado por los alrededores desde hacía rato, mientras el Gran Espíritu de trueno reía a carcajadas.

En aquella cueva, que ya había perdido todo rastro de solemnidad, cada uno de los presentes reaccionaba de manera diferente; en resumen, reinaba el caos.

«Oh, pero miren nada más, ¡si ahí está una adorable chica de piel morena! ¡Eh, tú, muchacha, ¿quieres que firme un contrato contigo?» —dijo el espíritu.

—...No, gracias. Por nada del mundo, no, —respondió Olna con desdén.

«Tch, ni modo. Bueno, aunque sea, este mocoso tiene una cara bastante andrógina, así que tendré que conformarme con él como contratista.»

—...¿Eh, eh, eh? ¿¡Vamos a firmar un contrato sin mi consentimiento!? —exclamó Argonauta, recuperando al fin la compostura, alarmado por lo que escuchaba.

El espíritu del trueno, quien parecía compartir la afición de Argonauta por las mujeres, apartó la vista de Olna con pesar y avanzó hacia él.

Crozzo, rápidamente, se retiró, ya que el espíritu de fuego en él lo apartó, como si dijera «no te acerques a *eso*».

«¡Regocíjate, contratista! Yo, en persona, me convertiré en tu «espada» y seré tu arma.»

—¡Espera! ¡No avances sin consultarme, espera!

«Quien empuñe mi espada tendrá la fuerza de un ser divino, como si fuera bendecido por los dioses. ¡Recibe mi milagro!»

—¡No, yo estoy bien, gracias! ¡Por favor, vete, te lo ruego!

«¡De ahora en adelante seremos uno solo! Si me rompo, tú mueres, y si tú mueres... bueno, solo tú mueres.»

—¡Escúchame, ¿quiereees?! ¡Por favor, al menos escucha lo que tengo que deciiiiiiir!

El espíritu siguió imperturbable, ignorando todas las protestas y súplicas, solo diciendo lo que quería imponer.

Ante la conducta del «gran espíritu» que superaba la comprensión humana, los gritos de pavor de Argonauta no cesaban.

«¡¡Fujajajajajajá!! ¡Aquí vamos, transformacióooooooooon!»
—rugió el espíritu del trueno, ahora en el punto máximo de su emoción.

Su risa ronca ahogó por completo los intentos de Argonauta por detenerlo.

Entonces...

—¡Aaaaaaaaahhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh!

De nuevo, un relámpago estalló. La caverna se llenó con una luz cegadora, estruendo y gritos. Fue como si un rayo inmenso cubriera todo el mundo, apoderándose de sus sentidos. Lo primero en regresar fue el silencio, seguido de una cálida luz que llegaba incluso a través de los párpados.

Cuando Argonauta y los demás abrieron los ojos, vieron una espada flotando en el centro de su campo de visión.

—...Una espada... ¿flotando?

Olna expresó en voz alta la sorpresa que todos sentían en su interior. Sobre los restos del «santuario» ahora colapsado, una brillante espada, envuelta en relámpagos, flotaba como si estuviera clavada en un pedestal invisible, con un chasquido constante de rayos.

Era de una forma peculiar. Su hoja era ancha y recordaba a una gran espada. A lo largo de la columna de la espada, había dos huecos, haciéndola parecer más ceremonial que de combate. Su filo dorado parecía haber sido esculpido de un rayo sólido, y bien podría haberse descrito como una espada hecha de joyas.

Aunque la forma y apariencia de la espada no la hacían ver apta para la batalla, Crozzo, que también albergaba un espíritu, no se dejó engañar y entrecerró los ojos.

—Un arma envuelta en luz dorada... es como una «Espada de Trueno», —murmuró, pues sus ojos de herrero podían discernir el poder que albergaba aquella arma espiritual.

Era la mismísima encarnación del trueno.

Con una media sonrisa, Crozzo observó a Argonauta, quien, al encontrarse de pie junto a la «Espada de Trueno», sentía una gran extenuación.

—...Haaahhhh... Qué espíritu tan exasperante... Me arrastró a un contrato sin consultarme y ahora va y se convierte en espada... aún no logro asimilarlo... —exhaló profundamente, dejando salir un suspiro que venía desde lo más profundo de su ser.

Al mirar hacia la luz radiante en el cielo de la caverna, sentía como si hubiera rodado cuesta abajo por un acantilado. Era una mezcla de esperanza y pesadilla que le había drenado por completo, tanto física como mentalmente.

Sin embargo, después de un momento, una leve sonrisa comenzó a dibujarse en los labios de Argonauta mientras miraba a la «Espada Espiritual». Estaba seguro de que aquella relación sería duradera.

—...¡!

Fue en ese instante.

En la cueva, que por un momento había estado envuelta en silencio, comenzaron a resonar numerosos pasos apresurados.

—¿Ese sonido...? —murmuró Argonauta, aguzando el oído.

—...Parece que alguien se dirige hacia aquí... y en buen número, —añadió Crozzo, mientras Olna palidecía.

—¿¡No me digas!?

La intuición de la joven no falló: una gran cantidad de soldados apareció dentro de la cueva donde se encontraban.

—¡Te encontré, traidor Argonauta! ¡Y a Lady Olna también!

—¡Son soldados de la capital...! —Olna frunció el ceño, como si acabara de morder algo amargo.

Mientras Crozzo observaba a los soldados y se preparaba para el enfrentamiento, extendió su mano hacia su arma.

—Nos rastrearon desde el campamento. Qué descuido... Encima, eliminamos las barreras de la cueva, justo cuando pasábamos... —dijo, dando en el clavo con su suposición.

Después de todo, el ejército era una fuerza que protegía la ciudad capital —su paraíso— de invasiones de monstruos. Rastrear a simples viajeros, o incluso a un herrero, era una tarea fácil en comparación. Siguiendo cuidadosamente el rastro dejado por Crozzo y sus compañeros, los soldados lograron minimizar su desgaste y alcanzarlos a mayor velocidad.

—¡Ustedes me han hecho quedar en ridículo demasiadas veces! ¡Aquí los enviaré directo al infierno! —bramó el capitán de los soldados, de pie al frente de su grupo.

Aunque su rostro estaba oculto bajo su casco, la rabia en su voz era evidente, teñida de ansiedad y alivio al mismo tiempo. Al ver al objetivo de su misión de recuperación, ordenada por el Rey Lakrios, el capitán suspiró de alivio, luego los miró con ojos sádicos, como un depredador lamiéndose los labios, y ordenó a sus hombres rodearlos.

—¡Son demasiados soldados, no hay forma de escapar! ¡Si seguimos así...! —dijo Argonauta, sintiendo la angustia ante la muralla de soldados que rápidamente los rodeaba.

Este espacio estaba en el fondo de la cueva; era un callejón sin salida, y la única salida se encontraba detrás del capitán. Por más que Crozzo fuera fuerte, se enfrentaba a otros humanos, y su buen corazón seguramente le haría dudar antes de matar. Si alguien aprovechaba esa duda para tomar a Olna o a Argonauta como rehenes, la situación sería desastrosa.

Con dos personas vulnerables entre ellos, el margen de error era mínimo.

Argonauta casi se dejó llevar por el miedo ante la docena de soldados que sobrepasaba la treintena, cuando...

—¡Ar, toma esa espada! —exclamó Crozzo.

—¡!

Era la instrucción más simple y certera posible.

—¿No es para eso que hemos llegado hasta aquí? ¿Para que te conviertas en un «héroe»?

Ante la sonrisa de Crozzo, Argonauta abrió los ojos de par en par.

Volvió la vista atrás, hacia el «santuario» colapsado. Allí, sobre sus ruinas, la «Espada de Trueno» seguía flotando, lanzando pequeños rayos destellantes, como si preguntara cuánto más la dejaría esperando.

—...Ah, claro. No era momento de ser selectivo ni de poner excusas. —Ya había demostrado su valía. La llave estaba insertada en el cerrojo del tesoro, esperando solo a ser girada en cualquier momento. Por mucho que fuera un payaso ridículo, abandonar el tesoro y huir no era una opción—. Espíritu del trueno, voy a liberarte. Voy a desenvainarte y cumplir mi ideal. Con tu poder, salvaré a las princesas.

Lo que un bufón que entona comedias debía hacer era envolver su ser con el esplendor de aquel tesoro, confundir a los demás y a sí mismo como un «héroe» y mostrárselo al mundo. Argonauta extendió la mano hacia la empuñadura de la espada, que colgaba a la altura de su pecho.

—¡¿Qué estás balbuceando?! ¡¡Ataquen, soldados!!

Se escuchó un grito atronador y el bramido de los soldados. Los guerreros se lanzaron desde todos los flancos. Olna se encogió de miedo; Crozzo se preparó para luchar, mientras decenas de espadas y

lanzas cargaban hacia ellos. Ignorándolo todo, Argonauta solo tenía ojos para el resplandor del rayo y empuñó la espada.

—Bríndame tu poder... ¡Espada del Trueno!!

En aquel día. En aquel momento. En aquel lugar.

Fue donde comenzó la leyenda de ese hombre.

—¡¿Qué...?!

La luz del rayo... estalló. Un relámpago dorado se expandió y se desató. Justo antes de quedar cegado, el capitán divisó la silueta del joven empuñando la espada, un instante fugaz. Acto seguido, el trueno descendió sobre la tierra y atravesó el lugar.

Tal como nadie podía seguir el rayo que surca el cielo, nadie pudo percibir el relámpago que recorrió el suelo. No dejó rastros, solo una línea de luz que zigzagueó con ángulo agudo y, con un rugido, estremeció la cueva en su totalidad.

Pasando a toda velocidad entre los soldados, un destello literal se convirtió en un golpe que destruyó espadas, lanzas e incluso armaduras.

—¡¿Aaah?!

—¡¿Gaaaaaah?!

Todo aquello que fue rozado por la poderosa espada se hizo añicos, y cualquiera que tocara la luz del relámpago, sin importar si portaba un escudo o una armadura, quedó electrocutado. Gritos salían de debajo de los cascos, y los soldados caían como marionetas con los hilos cortados, uno tras otro.

La luz cortante del rayo destellaba sin cesar. Para Olna, parecía una lluvia de meteoros, una cadena de destellos que anunciaba el comienzo de una grandiosa historia. En la penumbra de la cueva, como un vasto firmamento nocturno, el rayo, veloz y deslumbrante, atravesaba una y otra vez el espacio, como una estrella resplandeciente.

—¡Está cubierto de rayos... es demasiado rápido! ¡Y la potencia de cada golpe es...!

—¡Jajá...! ¡Esto es increíble! —vitoreó Crozzo, pasando de la sorpresa a la admiración, igual que Olna, mientras presenciaba tan grandiosa escena.

Era, literalmente, un avatar del rayo, una oleada de poder abrumador que en segundos sumergía uno tras otro a sus oponentes en el suelo.

—¿¡Gwaaaaaahhhhhhh!?

No pasó mucho tiempo antes de que el último soldado fuera lanzado por los aires y cayera de espaldas al suelo. Solo quedaba el capitán, atónito y petrificado.

—¿¡To-todos fueron aniquilados...!? ¿¡Todos esos soldados en un instante...!?

Incapaz de aceptar la realidad, el capitán gritó lo que veía frente a él, tratando de negarlo. Pero no le fue permitido.

El resplandor dorado y el trueno continuaban, sin detenerse. Como si ese poder incontrolable intentara liberarse, recorría toda la cueva transformado en rayos que pasaban muy cerca del capitán, rozándolo de todas direcciones y dejándolo petrificado en el lugar.

—¡Imposible...! ¡Imposibleeeeeeeeeeeeeeeee!

Desde el suelo hasta las paredes, del techo al suelo nuevamente.

Trazando un gran arco, como si fuera un corcel celestial de un cuento de hadas, el capitán gritó desesperado ante el torrente de rayos que se acercaba de frente.

—.....¡¡Huaaa!!

Entonces, Argonauta, envuelto en rayos, lanzó un golpe horizontal con su espada.

—¿¡Gaah!?

Y con eso, todo terminó. Con una explosión de relámpagos, la armadura del capitán se hizo añicos, y, acompañado por el rugido del trueno, fue lanzado con fuerza contra la pared. El hombre corpulento, con los ojos en blanco, quedó atrapado en una red de corrientes eléctricas, su cuerpo convulsionando ocasionalmente hasta que perdió el conocimiento por completo.

Desde el agujero en el techo, abierto cuando apareció el espíritu del rayo, caía la luz de la superficie. Fuera de la cueva, la noche seguramente ya había caído. En el centro de la caverna, el joven fue bañado en la luz mística de la luna, un rayo de luz celestial.

Una brisa juguetona hizo ondear su capa mientras la electricidad danzaba a su alrededor, celebrando al nuevo amo del espíritu del rayo. Su figura, con la espada de rayos en mano, emanaba una calma majestuosa, tan imponente que incluso Olna se quedó mirándolo embelesada.

—¿Ar...?

Olna, invadida por la preocupación, observó la espalda inmóvil del joven, como si hubiera sido transportado a un mundo lejano. Extendiendo la mano hacia él, le habló mientras permanecía en el centro de la escena.

Finalmente, el joven se dio la vuelta. Argonauta tenía los ojos cerrados. Con solemnidad, abrió la boca para hablar.

—...Soy...

—¿Soy...?

Olna intentó entender, pero entonces...

—¡¿Soy fuerteeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee...?! ¡¿De verdad que soy fuerteeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee!!

Abrió los ojos de golpe y lanzó un grito fuerte.

—¡¿Este es el poder del espíritu?! ¡No puedo creer que haya llegado el día en que derrote a mis enemigos así! ¡Este espíritu es

increfiiiiiiiiiiiiible! —Como un perro persiguiendo su propia cola, revisó una y otra vez su cuerpo: los costados, la espalda, las plantas de los pies, ambos brazos. Argonauta no podía creer su propia valentía después de haber derrotado a tantos soldados, y saltaba de alegría.

—Veo que está de buen humor, —comentó Crozzo con una sonrisa.

—Haa... —Olna suspiró al verlo.

El rostro de la joven, que parecía insatisfecho, estaba a punto de exigirle que le devolviera la preocupación que había gastado en él.

—¡Con esto, puedo hacerlo! ¡Puedo rescatar a la princesa y derrotar al feroz toro, seguro!

Con la «Espada de Rayo» en su mano derecha, la alzó hacia el cielo a través del agujero en el techo de la cueva, como si jurara ante el cielo donde flotaba la luna. Argonauta proclamó en voz alta su intención, dejando que una sonrisa se extendiera por su rostro.

—¡Vamos, volvamos! ¡A la capital, donde nos espera el desenlace final!

El rayo le respondió, como si emitiera un grito, y el arma espiritual resplandeció con un brillo dorado.